



PUESTO BAJO LA PROTECCION ESPIRITUAL DE S. S. EL SUMO PONTIFICE.

COLABORADORES. Bremón (Ilmo. Sr. D. José María). Catalina (Excmo. Sr. D. Severo). Cueto (Excmo. Sr. D. L. A. del).	Fabraquer (Excmo. Sr. conde de). Fernandez Bremón (D. José). Forteza (D. Guillermo). Frontaura (D. Carlos).	Garrido (D. Estéban). Gonzalez de Tejada (D. José). Hoz y de Liniers (D. V. de la). Lafora (D. Juan Bautista).	Mendoza de Vives (S.ª D.ª María). Mestre y Marzal (D. Carlos). Perez Guzman (D. Juan). Pulido y Espinosa (Ilmo. Sr. D. J.).	Rodriguez Cortina (D. Federico). Sabando (D. Julian Manuel de). San Javier (vizconde de). Selgas (D. José).	Serrano (D. Gaspar Bono). Silió y Gutierrez (D. Evaristo). Sinnés de Marco (S.ª D.ª M. del P.). Tamayo y Baus (D. Manuel).
--	--	---	--	--	---

PRINCIPALES ESCRITORES SAGRADOS CUYAS OBRAS HAN DE SER CONSULTADAS Ó REPRODUCIDAS EN EL CURSO DE ESTA PUBLICACION.

SANTA TERESA DE JESÚS. SAN AGUSTIN, ob., dr. y fr. SAN BUENAVENTURA, ob. y dr. SAN JERÓNIMO dr. y fr. SAN IGNACIO DE LOYOLA. SAN JUAN CRISÓSTOMO, ob. y dr.	BALMES (D. Jaime). BAUTAIN (abad). BOSSUET (obispo de Meaux). BOURDALOUE (P. Luis). DONOSO CORTÉS (D. Juan). DUPANLOUP (ob. de Orleans).	FEIJÓO Y SOTOMAYOR (D. Benito). FENELON (arz. de Cambray). FLECHIER (ob. de Nimes). FLEURY (abad). FLOREZ (P. Mtro. Enrique). GALLEGO (D. Juan Nicasio).	GRANADA (Fr. Luis de). GRATRY (abad). LACORDAIRE (P. J.). LEON (Fr. Luis de). LISTA (D. Alberto). MADRIGAL (D. Alonso de).	MALLEBRANCHE. MAHANA (P. Juan de). MASCARON (ob. de Agen). MASSILLON (ob. de Clermont). MATHIEU (cardenal). MONTALEMBERT (conde de).	PADRE FÉLIX (de la C.ª de Jesús). POSADA RUBIN DE C. (patriarca). RAVENAN (J. Adrian de la Cruz). SCIO DE SAN MIGUEL (D. Felipe). VEUILLOT (D. Luis). WISSEMAN (cardenal).
--	---	---	---	---	---

DIRECTOR: ILMO. SR. D. JOSÉ PULIDO Y ESPINOSA.

SUMARIO.

Seccion doctrinal: EL CONGRESO DE LA PAZ, por D. José Pulido y Espinosa.—**Seccion monumental:** LA CATEDRAL DE CÓRDOBA.—**Variedades:** EL CURA, por el Colegial.—PRÓLOGO DE LA NOVELA MARÍA MAGDALENA, por D. José Pulido y Espinosa.—**Seccion recreativa:** LAS ÁNIMAS, por D. Carlos Frontaura (continuacion).—**Seccion poética:** LA ANUNCIACION, romance, por D. José Alvarez Sierra.—SONETO, por D. Adalardo Lopez de Ayala.—**Miscelánea.**
Grabados: LA CATEDRAL DE CÓRDOBA.—LAMINA PARA LA CUBIERTA DE LA NOVELA MARÍA MAGDALENA.

SECCION DOCTRINAL.

CONGRESO DE LA PAZ.

Si el catolicismo no tuviese el derecho de enarbolar la bandera de la paz para todo el mundo, nada tendríamos que decir ante una reunion de tantos hombres y de tan diversas opiniones, como la reunion de Ginebra, llamada Congreso de la Paz; pero el que vino á traer la paz al mundo, del que somos hermanos, hijos y discípulos, fijó para siempre su lábaro de paz en la montaña del Gólgota, y solo allí está escrita la paz interior del hombre y la paz externa de las sociedades.

Nuestro Dios, llamado por los profetas *Príncipe de la paz y Padre del siglo futuro, cuyo imperio no tendrá fin*, fué el Verbo encarnado para dar la paz á los hombres; y la tierra no tendrá paz, mientras, de buena voluntad, la humanidad entera no se ponga bajo el cetro de ese *Rey Pacífico que vino al mundo, y el mundo no lo ha conocido; vino á los suyos, y los suyos no le han recibido*.

Se lamentaba un profeta, sabiendo la reunion de ciertos falsos hombres, que en medio del dolo y de la avaricia en que se hallaba envuelto el pueblo, *desde el profeta hasta el sacerdote*, querian remediar sus males diciendo: *Paz, paz, y no habia paz*. Era una especie de escarnio al querer invocar este dulce nombre, cuando entre ellos no existian mas que la liviandad y la ignominia.

Léjos de nosotros la idea de igualar á aquella reunion de hombres perversos y malvados con los individuos, que asociados al *Congreso de la Paz* en Ginebra, proclaman la paz y quieren se realice por los medios santos de la religion; pero al leer algunos escandalosos rasgos de sus sesiones, en las que varios individuos se levantan para anatematizar y excluir la religion como enemiga de la

paz, nos hace recordar las sentidas frases de Jeremias, que acabamos de exponer.

Las borrascosas sesiones en las que tales escándalos se dieron, han sido acogidas con la desaprobacion más explícita por casi todos los habitantes de Ginebra, habiendo dado ostensibles muestras de disgusto al oír el desfreno de algunos oradores combatiendo la religion. ¡Qué contradiccion, llamarse socios de la paz y combatir la paz misma, que es la religion!

Cuando la religion católica nos enseña el amor universal que mandó Jesucristo tuviesen los hombres; cuando destruye en el alma la violencia de las pasiones; cuando proscrib el loco empeño de las usurpaciones y las conquistas; cuando manda sean la justicia y la prudencia y la dulzura las que únicamente decidan de los derechos de los pueblos y de las familias; cuando, en fin, del amor mútuo de todos los hombres hace un precepto, ¿será posible, conociendo esta doctrina, haya podido ningun orador de sano juicio combatirla como enemiga de la paz? ¡Ah! ¡Solo un sentimiento rabioso y satánico ha podido conculcar así la ley santa del amor!... La generosidad cristia-

na, aun en medio de las batallas, se ha hecho sentir siempre por la caridad, ese fecundo manantial de acciones heroicas y sublimes.

El homicidio particular y público ha sido siempre abominable á los ojos de la religion, teniendo por agradables tan solamente las acciones de amor y de dulzura, y de ningun modo los actos de violencia y de destruccion. Ella nos manda amar hasta nuestros enemigos; ¿cómo ha de ser entonces un obstáculo para la paz? Dos veces Nuestro Divino Salvador, en una ocasion solemne, rodeado de sus discípulos, mostrándoles sus manos y su costado, les dijo: *Paz á vosotros*. La Iglesia, siguiendo á su divino Maestro, ha establecido preces públicas y privadas, rogando á Dios constantemente por la paz entre los hombres, y aquellas sublimes palabras del divino Jesús: *Mi paz os dejo, mi paz os encomiendo*, se repiten siempre en las liturgias cristianas, que enseñan lo que se ha de pedir á Dios Omnipotente.

Nosotros no comprendemos un congreso de la paz sin que se hallen encarnadas en él las sublimes máximas del Evangelio, que presentan á la humanidad entera como una sola familia, cuyo padre es Dios; é hijos todos de un mismo padre, criados á su imagen, no les ha dado la tierra, esta magnífica habitacion del hombre, mas que para gozar los placeres justos en la vida y no para hacerla un teatro de devastacion y de muerte.

Solo la perversion en las ideas ha podido proclamar héroe al que, sacrificando millones de criaturas, no tiene el poder de dar vida al más pequeño reptil de la tierra. Si el historiador y el poeta cantan y enaltecen al que por una serie de victorias, y entre el ruido del cañon y el clamoreo de las víctimas, levanta una bandera de sangre, la religion eleva tan solo al heroismo, á los que sostienen la paz aun en medio de los combates y de las persecuciones. Sus héroes son los mártires y los confesores de la fé cristiana.

¿A quién daríais la preferencia para representante de un congreso de la Paz? ¿al hombre pacífico y amante de los hombres, ó al turbulento y ambicioso que aspira al dominio por las revoluciones y los trastornos? Nadie tiene más derecho á legislar sobre la paz del mundo que los hijos de una religion toda paz, cuyo Padre y Maestro se anuncia siempre con aquella sublime fórmula: «La paz sea con vosotros.»

Si el congreso ginebrino fundara las bases de su reunion sobre la moral y la religion cristiana, y sobre el trabajo, principio moralizador de los hombres, no tendríamos reparo en asegurar que llegaria á formarse un código de paz universal del mundo, donde la abundancia, y las riquezas, y el descanso, y el so-

siego público restablecerian el equilibrio de la vida social.

J. PULIDO Y ESPINOSA.

SECCION MONUMENTAL.

LA CATEDRAL DE CÓRDOBA.

No vamos á hacer la historia, sino la descripcion de esta Catedral. Por eso ahorraremos, economizando, la historia; solo diremos que Abderramen I resolvió en 786 la construccion de una Mezquita, que hicieron olvidar á sus súbditos el templo de la Meca, superior al de Omar en Jerusalem, al de Damae y aun al de Bagdad. Muerto á los dos años, la continuó su hijo Heschem, y á la muerte de éste, Abderramen II, que terminó la mayor parte de la construccion, y Hachem II, que añadió la parte de ornamentacion en 905. Desde principios del siglo XI, y cuando la Mezquita brillaba con todo su esplendor, el poderio de los califas fué declinando rápidamente. En 29 de Junio, fiesta de los apóstoles San Pedro y San Pablo, y en el año de 1236, se apoderó San Fernando de Córdoba, habiendo permitido á los habitantes la libertad de ir adonde quisieren, y la facultad de conservar los bienes que pudieran llevar consigo. Juan, obispo de Osma y canciller del rey, y los obispos Gonzalo de Cuenca, Domingo de Baeza, Adam de Plasencia y Sanchez de Coria, tomaron posesion de la gran Mezquita, y plantaron en ella la cruz salvadora.

El obispo Juan, que representaba al arzobispo primado de Toledo, que á la sazón se encontraba en Roma, celebró en ella la primera misa despues de purificarla y de erigir un altar en honor de la virgen Maria.

Esta Mezquita, consagrada al culto católico, no sufrió alteracion alguna con iderable hasta 1526, época en que la construccion del coro y del santuario cambió la simetría del edificio. A propósito de estas obras, que desdican del resto de la Mezquita, cuéntase que exclamó Carlos V: «Habeis hecho lo que se encuentra en cualquiera parte, y habeis desecho lo que solo se encontraba aquí.»

Ninguna modificacion notable se ha hecho ya hasta nuestros dias, y hoy es maravilla de cuantos la visitan, por sus naves prolongadas, que forman un bosque de columnas, por sus arcadas sobrepuestas, arcos en hondas y en forma de herradura, sus adornos caprichosos y sus inscripciones árabes. Las ochocientas columnas, todavía más numerosas en otro tiempo, y que hoy se conservan, son la mayor parte de mármoles excelentes, algunas son de jaspé, de pórfiro, de granito y de mármol verde antiguo; las hay lisas, estriadas y torneadas.

El plano de la Mezquita deja ver al ojo inteligente las disposiciones de la Basilica romana, con el átrio, la nave principal de alas numerosas y el ábside ó santuario. Esta profusion de colaterales forma el carácter distintivo del monumento árabe de Córdoba; era necesaria sin duda á las funciones religiosas presididas por el califa, puesto que fueron añadidas nuevas alas á las primeras, cuando se multiplicó la masa de asistentes. La Mezquita no tiene ménos de once grandes naves de Norte ó Sur, y de treinta y tres pequeñas en la direccion de Este á Oeste. De aquí resulta un grandioso laberinto, en que la perspectiva produce un efecto de los más bellos y sorprendentes. La vista se pierde á través de estas columnas, cuyas largas galerías se pierden entre una media luz vaporosa. El edificio entero, comprendido el átrio, rodeado de pórticos, presenta la forma de un rectángulo, de unos ciento sesenta y dos metros de largo, y ciento veinte y tres de ancho.

La Catedral de Córdoba está situada en el declive de una colina, cuyos piés bañan las aguas del Guadalquivir. Está completamente aislada, lo cual contribuye á realizar la masa imponente del edificio. Los muros exteriores, poco elevados, sostenidos por estribos y coronados de almenas, dan al edificio el aspecto de una fortaleza más bien que de un templo. Del lado del rio, los basamentos son gigantescos y se asemejan á las construcciones de los cíclopes. Entre la mayor parte de los estribos ó machones, habia puertas con nichos y ventanas practicables ó simuladas. Estas ventanas tenían láminas de piedra trasparente ó mármol, festoneadas y talladas de madera, que formaban un enrejado ó celosía, que daba paso á una luz suave y á un aire fresco. Desde los monumentos antiguos se trasmite este uso á los primeros edificios cristianos y á las iglesias bizantinas. Por el lado de Oriente, las puertas de la Mezquita están decoradas con exquisito esmero, los adornos son de mármol, estuco y barro cocido, mezclados de mosaicos de vidrio é inscripciones árabes. Esta decoracion, tan sólida como delicada, expuesta á todos los rigores de las estaciones por espacio de ochocientos años, apenas se ha deteriorado. No sería fácil dar idea exacta de estos adornos variados al infinito, en que reina la mayor armonía. A veces compara uno estos ligeros arabescos á un tejido muy delicado, cuyos hilos, entretejidos con arte, se hubieran fijado sobre la piedra y el mármol. En el dia no existen mas que diez y siete puertas, de las cuales, doce están condenadas; antiguamente habia veintiuna, y muchas de ellas estaban reservadas á las mujeres, que ocupaban en el interior de la Mezquita galerías y naves separadas.

En medio del átrio surtia una fuente, cuyas aguas abundantes servian á las abluciones

de los musulmanes. Palmeras, naranjos, limoneros y cipreses, formaban una sombra espesa y esparcían á lo lejos sus perfumes, haciendo del patio un jardín encantado. Este cercado está, por decirlo así, suspendido en el aire, porque se asienta sobre una vasta cisterna, cuyas bóvedas descansan en pilares de piedra labrada.

La parte superior, que remontaba sobre las naves y cubría el edificio, es sin contradicción la que ha sufrido más, y la que ha conservado menos huellas del estado primitivo. Es notorio que en tiempo de los árabes estaba recargada de adornos en armonía con los del resto del edificio. Armaduras de maderas pintadas y talladas, sostenían el techo. Cada nave tenía una armadura especial, y unían estas obras travesaños ajustados hábilmente, y como no existían en ninguna parte. En 1713 las vigas carcomidas amenazaban ruina, y se construyeron las bóvedas de ladrillo que cubren la Catedral.

Para describir con alguna extensión los adornos que existen en tan crecido número en la Mezquita, necesitaríamos volúmenes. Figúrese el lector las formas más elegantes y originales, follajes, florones, listoncillos, graciosas espirales, complicados artesonados, y una á esto largas inscripciones árabes, cuyos caracteres parecen agrupados solo sujetándose á la inspiración del capricho; añada todavía oro, púrpura, azul y matices mil, que forman un conjunto bajo el pincel del artista, que no tienen un nombre en el lenguaje, y habrá formado una idea todavía muy imperfecta de la magnificencia de la famosa Mezquita.

Si la arquitectura del edificio morisco es tan notable, si su efecto es tan sorprendente cuando se recuerda el antiguo esplendor de las festividades presididas por los califas, la impresión no maravilla menos hoy, cuando se entra por la noche en la Catedral, alumbrada por infinito número de lámparas, al oír los armoniosos ecos del órgano y el canto grandioso y solemne de los salmos. Del mismo modo que cuando los hebreos se enriquecieron con los despojos del Egipto, hoy el culto católico desplega la pompa de sus augustas ceremonias en las naves adornadas de los despojos del Corán. La cruz brilla en todas partes como símbolo de la victoria que el cristianismo ha ganado sobre la civilización pagana, sobre el imperio voluptuoso de los Abderramen, sobre el culto del falso profeta. La imagen de la Santísima Virgen se ostenta en este templo; los católicos fieles, herederos de las tradiciones de la primitiva Iglesia, saben que bajo la intercesión poderosa de la Madre de Dios, las herejías han sido vencidas y sepultadas. ¿Cómo hemos de olvidar la piadosa tradición que nos enseña que el primer altar dedicado á la

que todos los siglos llamarán bienaventurada, fué erigido en la ciudad de Córdoba?

El santuario y el coro, construidos en el siglo XVI, y que forman una obra aislada, serían más dignos de admiración si estuviesen en otra parte. El arquitecto fué Hernán Ruiz. No podemos menos de citar las sillas de los canónigos, como un trabajo verdaderamente prodigioso. El escultor empleó diez años en ejecutar tan bellos asientos y en poner en ellos una cantidad de bajos relieves, dignos de los maestros más célebres. Entre las tumbas notaremos la del rey Alfonso, valeroso príncipe, héroe de Tarifa y de Algeciras, y el del cardenal Pedro de Salazar, muerto en 1706.

El peregrino católico no abandonará la Mezquita sin visitar la capilla de Villaviciosa, donde se halla la estatua imagen de la Virgen traida de Portugal, célebre por los milagros con que Dios ha recompensado la fé de los que le han ofrecido sus oraciones por la intercesión de su Madre.

VARIEDADES.

EL CURA.

«Un hombre hay en cada parroquia que no tiene familia, y que pertenece, sin embargo, á todas las familias; hombre á quien se llama como testigo, como consejero ó como agente en todos los actos más solemnes de la vida civil, sin el que no podemos nacer ni morir, que nos recibe del seno de nuestra madre, y no nos abandona hasta la tumba; que bendice ó consagra la cuna, el tálamo conyugal, el lecho de muerte y el ataúd; un hombre á quien los niños se acostumbran á amar, á respetar y á temer; á quien los mismos que no le conocen llaman padre; á cuyos pies llegan los cristianos á descender el velo que cubre las miserias del alma y del cuerpo; el obligado mediador entre la riqueza y la indigencia, que oye llamar á su puerta ya al pobre, ya al rico: este para depositar limosna sin ostentación, aquel para recibirla sin vergüenza; que sin pertenecer exclusivamente á ningún rango social, se enlaza igualmente con todas las clases: á las inferiores, por su vida pobre, y muchas veces por la humildad de su nacimiento; á las elevadas, por la educación, la ciencia y la nobleza de los sentimientos que una religión filantrópica inspira y ordena; un hombre, en fin, para quien no hay secretos, que tiene el derecho de decirlo todo, y cuya palabra penetra los entendimientos y los corazones con la autoridad de una misión divina y el imperio de una fé enteramente formada (1).»

Ese hombre, que al entrar en la época más

agitada y soñadora de la vida, cuando acaso un hermoso porvenir se ofrecía á su fantasía, sacrificó sus más bellos años á una vocación humilde y oscura, y vistió su exterior de un negro ropaje, luto que habrá de llevar hasta la tumba; ese joven, que cambió los pasatiempos y travesuras de la juventud por la severidad de un seminario; que en lugar de amores mundanos abrigó en su corazón exclusivamente el amor de Dios; que deshaciéndose de todo egoísmo y amor propio se entregó por completo al ejercicio de ese amor generoso llamado caridad; ese hombre, que en vez de procurarse independencia y libertad se sometió á una disciplina la más estrecha, porque está basada en una obediencia ciega, á quien acaso sus instintos ó elevadas aspiraciones hubieran llevado á grandes ciudades ó á inmensas poblaciones, y que se encierra para toda su vida en un pueblecillo de cuatro casas; ese hombre, que no puede ser rico porque su hacienda pertenece á los pobres, que no puede vivir con lujo ni con grandes comodidades porque ni su pobreza ni su posición lo permiten, que no puede disponer ni de su sueño, porque lo debe á sus enfermos; que tiene que dominar su carácter para mostrarse siempre ejemplar y circunspecto ante una sociedad que todo lo critica, y bajo una religión que condena el escándalo, que tiene que oír de continuo los trabajos, las debilidades y las miserias de sus hermanos, para consolarlos y alentarlos en el verdadero camino; ese hombre que sirve de paño de lágrimas á los débiles y menesterosos, que abandona el regocijo de una boda para ir á cerrar los ojos de un moribundo; ese ser entre divino y humano, porque es el más próximo á Dios y el más amigo de los hombres, cuyas relaciones establece y mantiene, y que nuestro pueblo conoce con el nombre de *cura*, va á ser el objeto de nuestra consideración.

Ningún hombre en la sociedad más digno de veneración y de respeto, ningún hombre cuya misión sea más delicada y difícil de cumplir, ningún hombre que reúna más abnegación, más caridad, más desinterés en el ejercicio de su ministerio, ninguno más pobre, más humilde, más sufrido, ninguno menos egoísta, ninguno que más se sacrifique por sus semejantes, ninguno más necesario en la sociedad que el ministro de Dios.

¿Qué ser en el mundo más generoso que el que se oculta para partir su pan con los pobres y enjugar las lágrimas de los desvalidos! ¿qué figura más edificante que la del joven sacerdote que vela el cadáver de nuestro hermano, y eleva á Dios sus plegarias para que acoja su alma en su seno! ¿qué cuadro más poético que aquel anciano venerable, que rodeado de vosotros cuando érais niños, os ense-

(1) Lamartine. El cura párroco.

ñaba á adorar á Dios, á amar á vuestros padres y á observar los preceptos, y á quien besábais la mano por cariño y respeto! ¡qué poder mágico es el de ese hombre, que con solo su breviario y su evangélica palabra se hace el padre, el médico, el maestro, el consejero, el moralizador y el protector de todo un pueblo!

Y sin embargo, entre cierta gente, hablar de los curas es hablar de lo ridículo, defender su causa es defender una causa difícil, si no perdida, y rara ha de ser la cuestión que no concluya entre burlas, risas é imprecaciones contra una clase cuyo mayor delito es la reclusión y oscuridad en que vive, en un siglo en el cual se ganan la consideración y el respeto, no la humildad ni la molestia, sino la osadía y el descaro.

¡Que hay curas avaros, que hay curas simoníacos, que hay curas mundanos, que hay curas que hacen política, que hay curas progresistas, moderados ó demócratas!...

¿Y eso qué?... ¿Acaso no hay también jueces injustos, y legisladores tiranos, y militares cobardes, y patricios traidores, y creyentes apóstatas, y políticos infames?

¿Perderá el sol de su hermosura porque las nubes le encubran á nuestros ojos? ¿dejará de ser un espejo límpido y brillante porque el hálito le empañe? ¿el agua de las fuentes no será cristalina por más que el polvo la enturbie? ¿Y negaremos que el ministro de Dios es digno de nuestra veneración y de nuestro respeto, porque haya algunos en grande ó corto número, que cual Judas entre los Apóstoles, formen la parte corrompida de tan sagrado cuerpo?...

¡Como si Dios no hubiese hecho hombres y no ángeles á sus ministros para que, enviados con los hombres, ni unos ni otros se avergonzasen de sus debilidades! ¡Como si Jesucristo, al permitir un traidor, ladrón y suicida entre doce, no hubiese preparado lo que había de suceder en los siglos venideros! «¡Como si los vicios de los eclesiásticos, exclama Balmes (1), ni de los Obispos, ni de los Papas, tu-

viesen que ver con la doctrina que ellos enseñan!»

—Un cura,—dice la voz general,—no debe tener pasiones, ni debilidades, no debe asistir á los espectáculos públicos, ni á paseos concurridos, no debe cuidarse de las cosas de mundo, ni gastar lujo en su traje, ni en los muebles de su casa; un cura debe ocultar sus más insignificantes faltas, porque hasta el fumar le está mal en público; un cura no debe meterse en política, ni aspirar á la popularidad ni á la celebridad, que tan mal dice á su modestia; un cura debe vivir oscuro y retirado, esperando que le llamen á cumplir con los deberes de su ministerio, ser humilde, pobre, caritativo y dechado de todas las virtudes, presentarse en todas partes con traje digno de su posición, nunca pobre ni misera-

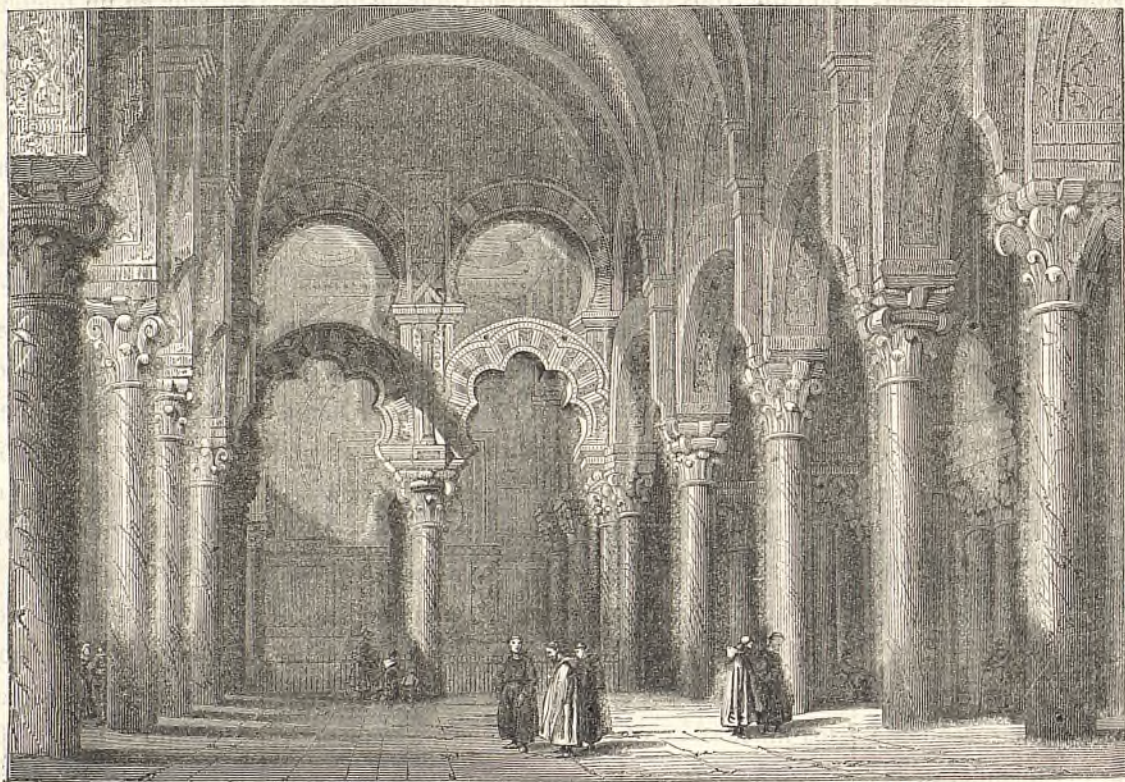
Cuando fijamos nuestra consideración en esa parte del clero, que ya con la pluma, ya en el altar, ya en la cabecera del enfermo, ya en las salas de los hospitales, ya entre enemigos irreconciliables, ya entre matrimonios desavenidos, en los grandes centros de desmoralización y de miserias, retirados en nuestras provincias ó eclipsados en pequeños pueblos, entre grandes y poderosos y entre humildes y pequeños; cuando consideramos, decimos, á esos hombres que desde el confesionario, desde el púlpito ó en el mismo hogar doméstico, con su palabra y con su conducta sirven de válvula de seguridad á la sociedad, que ardería en odios, en venganzas, en crímenes y en vergonzosas pasiones sin el influjo bienhechor que con la idea de una religión sublime ejercen sobre nuestras conciencias y

sobre nuestras pasiones, que la fuerza de la justicia humana no bastaría á contener; cuando consideramos á esos huérfanos que sirven de apoyo muchas veces á pobres y extensas familias, que viven sin afectos íntimos, sin esperanzas ni aspiraciones, porque su vida pobre, su posición humilde y aislada, su negro traje debe acompañarlos hasta la muerte; cuando fijamos nuestra atención en tantos soldados de Cristo que viven sacrificados á la ins-

trucción, á la moralización, al bienestar de sus hermanos, y que mueren llorados por todo un pueblo.... y oímos la voz injusta que los condena, no podemos menos de decir: «He aquí la lógica del mundo: hay setenta veces siete sacerdotes que resplandecen por su heroísmo en cumplir su doctrina, y su humildad encubre su resplandor: hay siete que escandalizan públicamente, y estos bastan á formar un juicio general.»

Tanta verdad es un axioma de nuestro pueblo, que, aunque vulgar y gráfico, expresa perfectamente nuestra idea para que lo omitamos: «Más ruido mete uno que grita, que cien que callan.»

He ahí una clase meritoria, respetable, necesaria, malamente retribuida y peor considerada, porque su voz es débil y no se oye entre los sonoros y retumbantes gritos de las cien



LA CATEDRAL DE CÓRDOBA.

ble; queremos que viva con decencia y decoro, con mano pródiga para los pobres; queremos que diga la misa de corrido, que responda siempre que llamen á su puerta; queremos que administre y sirva á todo el mundo, retribuido no sabemos cómo, pero también quisieramos que jamás cobrara un real por eso que se llama emolumentos ó pié de altar.

En hora buena; pero tened presente que la congrua es insuficiente, que las asignaciones son muy cortas; no pongais en el caso de que pidan limosna á aquellos que, según vosotros, deben darla con más largueza, que el sacerdote no tiene otros medios de cubrir sus necesidades que los que le proporciona su pobre ministerio, y en fin, tened presente que esos de quien tanto exigís, son hombres como vosotros, y están sujetos al dominio del demonio y sus pasiones.

(1) La Religión.

trompetas que en nuestro siglo hacen públicas las necesidades, las exigencias, las pretensiones de otras clases más afortunadas y más atendidas, que responden á necesidades sociales más urgentes, más en consonancia con los Gobiernos mutables y con las ideas tan liberales de nuestra época....

Sí, su voz es débil, y esa es su mejor defensa, porque al obrar así, no hacen sino cumplir con esa ordenanza divina que se llama Evangelio.

No se nos oculta que el cura no ha de procurarse tesoros en la tierra, donde orin y polilla los consume y donde ladrones los desentierran y roban (1); ya sabemos que ha de apacentar la grey de Dios teniendo cuidado de ella, no por fuerza, sino de voluntad, según Dios; ni por amor de vergonzosa ganancia, mas de grado, ni como que quiere tener señorío sobre la clerecía, sino hecho dechado de su grey (2); mas si no les dais pan, ¿cómo han de vivir? y ya que no les dais pan, ¿por qué no les dais siquiera honra?

Pero no nos cansemos, que está escrito: «Si fuérais del mundo, el mundo amaría lo que era suyo; mas porque no sois del mundo, por eso os aborrece (3). Ved que os envío como ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas (4). Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande. Así fueron perseguidos los profetas, que fueron ántes que vosotros (5).

En cuanto á sus relaciones con el Gobierno, dice el poeta ya citado (6), son sencillas. á éste le deben lo que todo ciudadano, ni más ni ménos, obediencia en las cosas justas. El no debe apasionarse en favor ni en contra de las formas ni de los jefes de los gobiernos terres-

tres; las formas se modifican, los poderes cambian de manos y de nombre, los hombres se precipitan del trono uno tras otro; estas son cosas humanas, pasajeras, fugitivas, inestables por naturaleza; la religion, gobierno eterno de Dios sobre las conciencias, está fuera de la esfera de las vicisitudes, de la volubilidad de las cosas políticas; la religion se degrada descendiendo á este terreno de que su ministro debemantenerse separado cuidadosamente. El cura es

nuestro pueblo hay tendencias sistemáticas en contra del hombre que acaba de ocupar nuestra atención.

Estamos convencidos de que las personas ilustradas, sin distinción de matices, respetan á esa digna clase, desean que mejore su situación, y lamentan con nosotros las funestas excepciones, que sirven de apoyo errado á la incisiva crítica del vulgo.

Y decimos de todos matices, para desengaño de aquellos que quieran dar un color á nuestras ideas: no hemos escrito en lenguaje de partido, hemos querido escribir en el lenguaje de la verdad.

Si lo hemos conseguido, no habrá sido poca nuestra suerte en salir con bien de materia de suyo tan delicada y trascendental; si no, no faltarán plumas y voces más autorizadas y elocuentes que la nuestra que la digan.

Nosotros no podemos hacer en tal caso mas que confesar nuestra pequeñez é insuficiencia, parodiando lo que en un caso semejante dicen los niños en la doctrina: Si á la verdad ó la justicia falté contra mi voluntad, no lo extrañéis en mí, que soy ignorante; doctores tiene la santa madre Iglesia que os sabrán ilustrar.

EL COLEGIAL.



LÁMINA PARA LA CUBIERTA DE LA NOVELA MARÍA MAGDALENA.

el único ciudadano que tiene el derecho y el deber de permanecer neutral en las causas, en los odios, en las luchas de los partidos que dividen las opiniones y los hombres, porque ante todo es ciudadano del reino eterno, padre común de vencedores y vencidos, hombre de amor y de paz, no pudiendo predicar mas que paz y amor, discípulo de Aquel que rehusó verter una sola gota de sangre en su defensa, y que dijo á Pedro: «Envaina ese acero.»

Escribimos para los más, porque entre

inusitado y láminas magníficas de lo mejor, por no decir lo mejor, que se ha hecho en España, vamos á empezar á publicar brevemente. En el lugar correspondiente de este número va el anuncio de la obra, con las bases y precios de suscripción.

PRÓLOGO.

Los libros santos é histórico-sagrados, ¿podrán ser objeto de la novela?

He aquí una pregunta que nos hacíamos al leer las bellísimas páginas de *María Magdalena*

(1) San Mateo, VI.

(2) San Pedro, ep. I, cap. V.

(3) San Juan, XVI.

(4) San Mateo, X.

(5) San Mateo, V.

(6) Lamartine. Ibid.

por Antonio de Pádua; y el curso de su lectura nos ha afirmado más y más en la idea que siempre hemos tenido respecto de este género de literatura.

Los modelos que nos han dejado Chateaubriand en sus *Mártires*, el cardenal Wisseman en su *Fabiola*, el señor Ochoa en su magnífica traducción de *Maria ó el alma desterrada*, el *Aglæ* y *Bonifacio* del erudito joven señor Balbin, y otras leyendas bíblicas, nos prueban, sin duda, que en las sagradas letras y en los hechos históricos de la religión tiene la humanidad una grande enseñanza para ser conducida á toda la civilización y cultura que necesita una sociedad perfecta, cuyo tipo es la iglesia cristiana, con su moral evangélica por base, con su ley de amor por guía.

Las condiciones de la buena novela deben ser siempre una enseñanza moral que haga interesante su objeto, y que en sus descripciones, y en sus personajes, y en su desenlace, se vea constantemente desarrollada una idea civilizadora, una idea santa y moral, que combata el vicio y haga triunfar la virtud.

¿Y dónde encontrará el literato un manantial fecundo é inagotable de verdad y de moral? ¿Dónde un arsenal de poesía sublime, de hechos heroicos y de sabias lecciones para conocer el corazón humano? ¿Dónde?... En los libros sagrados, en la historia de la religión, cuyos abundantes cauces sirvieron á los Padres de la Iglesia, esos profundos filósofos del cristianismo, que para eternizar sus nombres han tenido bastante con sus obras, modelos de ciencia y de literatura.

En la Biblia se formaron los Agustinos, los Jerónimos, los Buenaventuras, los Tomases de Aquino, y tantos otros tan sabios como santos de imperecedera memoria. En la Biblia se inspiraron nuestros eminentes poetas y nuestros más distinguidos escritores. La Biblia, en fin, es el depósito sagrado donde los poetas de cuarenta siglos, dice un profundo orientalista, beben inspiración, sin que se agote ni amengue su caudal; y será siempre un puro é inagotable manantial, no solo del filósofo y del moralista, sino que también el filólogo, y el publicista, y el historiador, y todo hombre de ciencia encuentran siempre un no sé qué de divino que mueve el corazón, enardece el alma y hace conocer que sus páginas santas son inspiradas por Dios como fundamento de todos los conocimientos humanos.

Cada verdad científica que se armoniza con algun texto bíblico, es una conquista por la que la inteligencia se somete á la fe, sirviendo de escudo y garantía á la elucubración del pensamiento. ¿Qué otra base más verdadera encontrará el ingenio humano en todos sus estudios? Si el novelista recoge los tesoros de la poesía sagrada y se enriquece con las saludables máximas de la moral pura de la religión, y sin separarse de la verdad histórica, logra unir lo útil á lo honesto, enlazando lo agradable y lo bello con la abnegación y el sacrificio, entónces, la novela, sobre ser una enseñanza que dirige el espíritu al heroísmo y á la virtud, conseguirá también que llegue á formarse de ella un monumento de la literatura que más encarna en la juventud, siempre ávida de escenas nuevas, cuyo interés conduce su espíritu y forma su corazón, ó en las saludables máximas de una sana doctrina, ó en el libertinaje revolucionario que socaba siempre los cimientos de la vida moral y de la vida social.

El recreo y la instrucción son elementos que pueden combinarse muy bien para desterrar de una vez esas novelas absurdas é inverosímiles, que despiertan las pasiones, adelantan la malicia y avasallan la inocencia. Si alguna vez avivan el deseo de seguir el curso de una intriga y buscar el desenlace de la fábula y de la inventiva, bien

pronto, también, producen impresiones desagradables y exageraciones, hijas de la acalorada imaginación del novelista, que braman con la verdad de la historia y con la pureza de la moral.

De las manos se nos caen muchas novelas, que se publican en menoscabo de la bella literatura y en descrédito de talentos é imaginaciones brillantes, que pudieran dar á sus creaciones un giro que sirviese á la religión y á las costumbres, en vez de la frivolidad licenciosa que enseñan unas, y de las utopías antisociales á que conducen otras, calcadas en el materialismo escéptico de los enciclopedistas y en las obscenidades más groseras, que envenenan el alma y gastan el resorte moral á cuantos prueban alimento tan nocivo. ¡Ojalá no experimentáramos en nuestra España la desgraciada influencia que ejerce esta malhadada lectura!

Esas novelas fantásticas y terroríficas, nacidas de la escuela romántica, han producido bastantes veces la exaltación y la turbación del juicio, hasta el punto de arrebatarse la vida á seres desgraciadamente seducidos y arrastrados por escenas pintadas sobre un fondo de pasiones exageradas, que arrastran á la enajenación y al delirio. Afortunadamente, este género de lectura ha caído en el ridículo; mas tampoco podemos aceptar otra clase de novelas, que leídas con criterio, llegan á excitar el fastidio y hasta el cansancio de leer páginas y páginas tan pesadas como inconexas, y muchas tan inmorales como inverosímiles é inconvenientes.

No menos producen disgusto algunas llamadas históricas, en las que el novelista no se cuida de la verdad, sino que truncando los tiempos y los hechos, y dando tortura á la historia, finge sucesos y crea personajes, é inventa situaciones, que muchas veces hace hasta risible el anacronismo que envuelven y las distancias que las separan para sostener un enredo, que, como vulgarmente se dice, no tiene pies ni cabeza. Con tal de aumentar el número de entregas, no se repara en la unidad del pensamiento, ni en la verdad de los tiempos á que se refiere, ni en la exactitud de los tipos que se presentan. ¿Se creará, tal vez, probar en esto fecundidad de ingenio? ¿O acaso ostentar facundia y riqueza de imaginación? ¡Ah! ¡qué error! Montañas de pedruscos apenas dan quilates de rico mineral.

El prosaismo en la novela es también detestable, y por más que sobresalga afluencia de imágenes sentimentales, llega por fin esta lectura á agotar el alma por la pesadez de su narración y la impropiedad en las descripciones, aglomerando digresiones que concluyen por la saciedad y el fastidio.

Es verdad que el ocio y la curiosidad son hoy un estímulo poderoso para entregarse la juventud á la lectura de la novela, empero esto mismo debe servir de guía á nuestros novelistas, para excitar en el ánimo de sus lectores amor al trabajo, fuente inagotable de la riqueza, y respeto á la religión, fundamento de la moral.

Por lo mismo que es la clase de lectura más generalizada, y acaso lo único que leen muchas personas, señaladamente en la edad en que el vigor de las pasiones oscurece la realidad de las cosas, es preciso apartar á la juventud del pernicioso gusto de leer cuadros y escenas novelescas, cuyo colorido... ruboriza el rostro, pervierte la inocencia, y manchando el alma, la enerva para la virtud y la afición á la frivolidad y al abandono de la moral cristiana.

En la novela *Maria Magdalena*, encontramos, no solo un pensamiento altamente moral, sino eminentemente religioso. Fundada en un hecho tan cierto como el Evangelio (como que es el

Evangelio mismo) en el que San Lucas dice: *Una mujer pecadora que habia en la ciudad cuando supo que Jesús estaba á la mesa del fariseo, llevó un vaso de alabastro lleno de ungüento, y poniéndose en pos de él, comenzó á regarle con lágrimas los pies, y los enjugaba con los cabellos de su cabeza, y le besaba los pies y los ungía con el ungüento, etc.*

El personaje que ha escogido el novelista Antonio de Pádua, es tan históricamente verídico, como lo son aquellas divinas palabras que oyó la pecadora llena de fe: «Perdonados le son sus muchos pecados, porque amo mucho.... ¡Tu fe te ha salvado! Vete en paz.»

Este sólido fundamento de *Maria Magdalena*, revestido de todas las formas que constituyen la novela, viene á ser, no solo una obra del arte que deleita, instruye y moraliza, sino también al presentar el sublime carácter del arrepentimiento y la diferencia entre el amor profano y el cambio del corazón por el amor divino, conmueve al alma y fija una máxima constante: «Solo el amor de Dios satisface.»

Este contraste de *Maria Magdalena* amando la sensualidad y después amando la virtud; esa transformación del alma, á impulsos de la gracia, se halla desempeñada admirablemente, sin separarse en nada de la verdad histórica del Evangelio y sin descender tampoco la sublimidad del portentoso hecho de aquel Divino Salvador, que no vino á buscar justos, sino pecadores.

Cuando nuestro adorable Jesús llama á las puertas del corazón más disipado, el alma se conmueve y transforma, y ya no es el imperio de la carne el que domina. Un nuevo género de afectos extasian el espíritu entregado todo en el amor puro de su Dios.

Con la unción más especial ha sabido Antonio de Pádua presentar en su novela bíblica todo el carácter religioso, apareciendo *Maria Magdalena* un modelo de amor divino en el prodigioso cambio que experimentó su alma hasta regar con sus lágrimas los sacratísimos pies de Nuestro Redentor adorable. A la vez tiene esta lectura todo el encanto, en el aire y en las palabras, del original hebreo, imitando las figuras y maneras de hablar, cuanto es posible al expresarlo en nuestra lengua, la que tanto responde á la hebreo en muchas cosas.

Así vemos como muestra la reconvencción del festín donde Marta, hermana de Magdalena, la dice: «Lázaro tu hermano se halla enfermo y le mata el dolor de la disolución en que vives.... María, hermana, en nombre de Dios, en nombre de nuestro padre, en nombre de Lázaro tu hermano, abandona esta casa y sígueme: Soy Marta, tu hermana, que te llama y te espera. Ven, María.»

En los diálogos se hallan muy bien caracterizados los modismos y giros del lenguaje hebreo; pero donde más resalta el sabor oriental del idioma y la propiedad con que el autor nos hace recordar los tiempos y las costumbres judías, es cabalmente en los billetes ó *pergaminos enrollados* que recibía Magdalena en medio de la exaltación de su mundanal pasión por Cayo Antonio el Centurion. Su estilo, conciso y punzante, excita los celos y mortifica el alma de Magdalena, cuando lee las líneas escritas por Fasaél:

«Vele el corazón que ama, si no quiere ser engañado.

»Porque el engaño está oculto detrás de las nubes, que ocultan el sueño del amor.

»Y no confíe la mujer porque sea muy hermosa.

»Porque la hermosura de las mujeres, es como la de las estrellas de los cielos.

»En donde una brilla mucho, aparece otra que brilla más....»

No es nuestro ánimo hacer un análisis de todas las bellezas de esta novela; cumple tan solo á nuestro propósito dar una sucinta noticia de la leyenda bíblica, que á más de sus conmovedoras escenas y la riqueza de su poesía, lleva un objeto tan moral como religioso, presentando el corazón de la mujer, que preso por el amor profano, sufre todas las amarguras y todos los tormentos que traen consigo la agitación de la conciencia, mientras cuando ama á su Dios son inefables las dulzuras del alma; y el contento y hasta el arrobamiento llegan á endiosar su espíritu, elevándolo hasta el cielo. El reino de Dios consiste en la justicia, en la paz y en la alegría que da el Espíritu Santo.

Jamás María Magdalena había experimentado el amor que da la paz al alma y la alegría al corazón, hasta que respondiendo al llamamiento de Jesús Nazareno, el éxtasis la arrebató y el delirio la abrasa en el amor divino, ese vínculo misterioso, que une la criatura al Criador y enlaza las cosas de la tierra con las del cielo. ¡Ah! ¡qué pálido y qué sombrío aparece todo al alma amante de su Dios!

El novelista Antonio de Padua ha sabido presentar con los más subidos colores la transformación de la mujer pecadora en la penitente enamorada de su Dios, al verle por vez primera predicando en el templo cuando en la forma de hombre viniera á redimir al mundo y fuera recibido por la gozosa muchedumbre entre los cánticos del *Hossana*. Está lleno de inspiración cuando describe la adorable persona del Divino Maestro, y deja ver al Hombre Dios, que no podía confundirse con ningún ser humano.

...«Sus facciones, dice, que con ser de hombre no parecían humanas, el brillo de su mirada que parecía formar alrededor de su limpia frente una auréola de luz del cielo.... su figura nobilísima, sin ser altiva, gallarda como ninguna, sin dejar de ser humilde, majestuosa como no podía serlo la del rey más grande del mundo, y al paso modesta como la del mortal más pequeño.... al escuchar su voz, que apenas hería los oídos, descendía recta al corazón....»

Nos complace sobremanera ver en esta producción la espontaneidad del corazón de su autor, que tan sin violencia da á sus personajes el verdadero carácter que les corresponde; el amor sensual y los movimientos de la gracia, estos encontrados afectos del alma, están perfectamente descritos en las diversas situaciones de la pecadora de Jerusalén.

Los afectos carnales conducen el espíritu á la sensualidad y al deleite, acompañados siempre del amor propio, de la vanidad y de las malas pasiones, mientras los afectos que nacen de la gracia levántannos hasta Dios, como un don singularísimo que da el Señor á sus escogidos. Muy conformes con esta doctrina se hallan también la vida de Magdalena y el desenlace que le da el novelista, arreglado á su verídica historia.

¡Ojalá estas desaliñadas líneas, que tan de buena fé le consagramos, le sirvan de estímulo para seguir el camino que ha emprendido en gloria de la moral y de la literatura española!

Madrid 24 de Agosto de 1867.

Dr. JOSÉ PULIDO Y ESPINOSA.

SECCION RECREATIVA.

LAS ÁNIMAS

POR

DON CARLOS FRONTAURA.

(Continuación.)

Tal era la generosa naturaleza de Juan.

Y todos sus compañeros y todos sus jefes, desde el sargento de su compañía hasta el general del ejército, admiraban aquella abnegación sin límites, aquel desprecio de sí mismo en favor del prójimo, y todos le respetaban, y todos se disputaban el honor de estrechar aquella mano generosa, siempre dispuesta á apoyar al débil y al desvalido.

Hubo entre los soldados uno que se atrevió á decir que poco se hubiera perdido con la muerte de Andrés, y que menos falta hacía éste en el mundo que otros que habían tenido menos fortuna en el combate, y Juan, como un león á quien arrebatan su compañera, saltó sobre él, y lo hubiera estrangulado seguramente á no mediar alguno de sus jefes, que no se atrevió á castigar aquel arranque de generosidad.

Andrés, gracias á que la ciencia empleó todos sus recursos para reanimar aquella pobre naturaleza, abrió los ojos, y vió á Juan á la cabecera de su lecho, á Juan, que le prodigaba las más consoladoras frases, y que le hablaba de Dios, y le expresaba toda la alegría que sentía viéndole mejorar. Y Andrés apartaba los ojos de Juan, como si le disgustara verle á su lado, y parecían causarle más repugnancia que otra cosa, las protestas de amistad y los consuelos de su rival.

Y Juan redoblaba su celo, y cuidaba del enfermo con tanto más amor y con tanta más abnegación, cuanto que claramente veía que sus cuidados no eran agradecidos.

VII.

Una noche, Andrés fué acometido de un espantoso delirio. Juan velaba como siempre á la cabecera de su lecho.

Y Andrés decía en su delirio:

—¡Me muero!.... ¡Nadie me socorre, nadie!... ¡Y me he de morir sin matarle?... ¡El no morirá, nó!... ¡él tiene más fortuna que yo!... ¡Todos le quieren, todos piden por él!... ¡y ella, ella le quiere más que todos, más que á mí!... ¡ya lo creo, á mí me aborrece!... ¡Y yo muero, no hay remedio para mí!... ¡y él se queda en el mundo!... Maldito sea él, y maldita ella también!...

Juan oía temblando estas terribles frases, y veía con profunda pena la feroz expresión que se pintaba en el semblante de Andrés.

—¡Cómo se alegrará de mi muerte! continuó Andrés revolviéndose en el lecho. Si yo viviera, entonces sí, entonces sí que no había de reírse de mí, porque le mataría.... He jurado matarle, y le mataré.... porque viviré, sí que viviré.... y Teresa no será mía, pero suya tampoco....

Juan, que ya había temido que Andrés hablaba de él en su delirio, no pudo dudar al oír el nombre de Teresa, pronunciado por aquella sacrilega boca.

Y lo primero que hizo, al saber aquel horrible secreto, al oír aquella feroz amenaza, fué postrarse de rodillas, y pedir á Dios por su mismo enemigo, que desde aquel momento le interesaba mucho más, porque era el infeliz mucho más desdichado de lo que él se había podido imaginar,—que la verdadera desdicha en el mundo es la del hombre á quien asaltan malos pensamientos y no puede librarse de ellos.

Desde el día siguiente, Andrés comenzó á mejorar, y dos semanas después ya se hallaba fuera de peligro.

Juan le dijo que había sido herido, que le habían encontrado en el arroyo entre los cadáveres; pero se guardó bien de decirle que él era quien en medio de la noche, rendido de hambre y de fatiga, había ido á buscarle y sobre sus hombros le había traído.

Andrés renegó de su destino, de la vida militar, y blasfemó culpando á su negra suerte de los males que le habían sobrevenido, sin advertir, impío, que la Providencia le había dispensado un inapreciable favor con no dejarle morir, como habían muerto tantos otros.

Llegó el día de las recompensas, y Juan, además de ser mencionado en la orden general, y de recibir al frente de las tropas, y de manos del mismo general en jefe, una de las cruces pensionadas con mayor premio, obtuvo rebaja de dos años, que era precisamente el tiempo que le faltaba para cumplir su obligación de soldado.

Andrés, por haber sido herido, obtuvo la misma rebaja, que era el premio que más deseaba, sin cuidarse mucho de las condecoraciones, por más honoríficas que éstas pudieran ser, que su única aspiración era evitar las ocasiones de caer herido ó asustado en las batallas, á las que no podría acostumbrarse en cien años, si cien años viviera.

Y á los pocos días, hízose la paz, y parte del ejército se alejó del sitio de la lucha.

Juan y Andrés fueron de los que volvieron, recibiendo poco después su licencia absoluta.

(Se continuará.)

SECCION POÉTICA.

LA ANUNCIACION.

Nace la rosada aurora
 llena de luz y alegría,
 recorriendo el firmamento
 en su excursión matutina,
 desvaneciendo tinieblas,
 formando las medias tintas,
 que engalanan el oriente
 en los albores del día,
 y un ángel con rauda vuelo
 su vuelo al suelo encamina.
 Una auréola de gloria
 le circunda, y tanto brilla,
 que deslumbrado Luzbel
 huye al Averno; en él grita:
 «Vencido estoy, mas no humilde;
 cúmplanse las profecías;
 quebrantarán mi cabeza,
 mas no la soberbia mía.
 Seré tentación del hombre;
 las pasiones le dominan,
 y aun es mía la soberbia,
 y la lujuria, y la envidia,
 y la pereza, en fin, cuanto
 á la humanidad fascina;
 yo le tenderé mis redes,
 y no habrá quien lo redima.»
 Un coro de serafines
 pulsando sonoras liras
 ahogó la voz de Luzbel,
 y el ángel que descendía,
 ante una pura azucena,
 blanca, candorosa, humilla
 la rodilla, y saludó
 diciendo: *Ave María;*
llena eres de la gracia;
el Señor á tí me envía;
serás entre las mujeres
Madre de Dios elegida,
y bendito será el fruto
de tu vientre; y en seguida
voló hácia el trono de Dios,
y la Virgen repetía:
Hágase tu voluntad,
tu esclava será María.

J. ALVAREZ SIERRA.

SONETO.

Dame, Señor la firme voluntad
 compañera y sosten de la virtud;
 la que sabe en el golfo hallar quietud
 y en medio de las sombras, claridad;
 La que trueca en tesón la veleidad
 y el ocio en perenal solicitud,
 y las ásperas fiebres en salud
 y los torpes engaños en verdad:
 Así conseguirá mi corazón
 que los favores que á tu amor debí
 te ofrezcan algún fruto en galardón;
 Y aun tú, Señor, conseguirás así
 que no llegue á romper mi confusión
 la imagen tuya, que pusiste en mí.

ADELARDO LOPEZ DE AYALA.

Guadalcanal, Julio 1867.

MISCELÁNEA.

El Museo Católico se cree en el deber de recomendar á los padres de familia que no lleven á sus hijas á una función de los Bufos, hasta que ellos la hayan visto y podido apreciar la indole de la obra que se representa. La zarzuela con que se ha inaugurado el teatro, es verdaderamente deplorable, y con ella nada ganan la moralidad, ni tampoco el arte dramático y la literatura. Deseamos hallar ocasión de aplaudir las obras de los Bufos, encontrando en ellas ingenio, chistes de buena ley y buenas tendencias, y sentiremos que nuestro deseo no se realice.

Los católicos residentes en Ginebra han protestado ante el Consejo de Estado contra las palabras de Garibaldi, y además han hecho fijar la proclama siguiente en los sitios públicos:

«Los católicos que suscriben, protestan contra las palabras de Garibaldi, que son un ultraje á la fe y á la conciencia de los habitantes del cantón. Esos insultos á la Iglesia y al pontificado son una odiosa violación á la libertad religiosa, y una excitación á los odios civiles. En nombre de la paz y de sus derechos de ciudadanos libres de una república libre, reclaman los que firman el respeto que merecen sus creencias religiosas.—Ginebra 10 de Setiembre.—(Siguen las firmas).»

El Obispo de Valence ha enviado al Papa el sillón en que espiró Pío VI, deportado en 1797 por el directorio á dicha ciudad.

El propio Obispo de Valence regaló á Pío IX en 1848, poco antes de salir para el destierro de Gaeta, la pixide ó cajita de plata en la cual solía llevar la sagrada hostia el mártir Pío VI.

«Después de haber estado suspendidas las obras del convento de San Pascual, está llamando la atención de todas las personas que frecuentan el lindo paseo de Recoletos que hayan vuelto á continuarse de nuevo, pero trabajando solo ocho hombres. Con tan poca gente, dice *La Esperanza*, y en los días cortos en que vamos á entrar, no podrá adelantarse mucho en la construcción de un edificio cuyo término interesa, no solo á la comunidad á que pertenece, sino al ornato público y á la conveniencia de los vecinos de aquel numeroso barrio.»

Estamos de todo punto conformes con lo que dice *La Esperanza*; pero debemos ampliar sus noticias respecto al convento de San Pascual, refiriéndolo también á la parroquia de San Marcos, donde sucede exactamente lo mismo, y donde, además de los pocos hombres que se emplean en las obras, no nos parece que éstas van como deben de ir ni como irían si se oyera ó consultara, según lo que todo aconseja y nada debe impedir, sobre lo que se debe hacer, al respetable clero de la parroquia, con cuyos fondos de fábrica se llevan á cabo las obras de restauración.

Hé aquí las fechas designadas para las fiestas movibles en el año próximo de 1868: Septuagésima, 9 de Febrero; Ceniza, 26 de Febrero; Pascua de Resurrección, 12 de Abril; Letanias, 18, 19 y 20 de Mayo; Ascension del Señor, 21 de Mayo; Pentecostes, 31 de Mayo; Santísima Trinidad, 7 de Junio; *Sanctissimum Corpus Christi*, 11 de Junio, y primera Dominica de Adviento, 29 de Noviembre.

Acaba de llegar á París monseñor Labastida, Arzobispo de Méjico. Este prelado formó parte de la comisión de notables que fué á Miramar á ofrecer la corona del imperio mejicano al infortunado Maximiliano de Hapsburgo.

En virtud de un decreto especial, el arzobispo de Reims tendrá en adelante el tratamiento de excelencia, que solo gozan en Francia los ministros, los mariscales de Francia, los miembros del Consejo privado del imperio y los presidentes del Senado y del Cuerpo legislativo.

El Ayuntamiento de Zaragoza, de acuerdo con el señor Arzobispo de aquella diócesis y con el cabildo metropolitano, ha determinado tomar parte en las funciones dispuestas con el objeto de dar gracias al Todopoderoso por la canonización del esclarecido mártir San Pedro Arbúes, que se verificó en la capital del mundo católico el día 29 de junio último.

Solucion al geroglífico anterior.

LA MUERTE DEL CONTRARIO VALEROSO, SOLO EL QUE ES VIL LA SOLEMNIZA.

PUBLICACION DE EXTRAORDINARIO LUJO.

MARÍA MAGDALENA.

NOVELA BÍBLICA ORIGINAL

POR

ANTONIO DE PADUA.

CON UN PRÓLOGO

DEL

ILMO. SR. DR. D. JOSÉ PULIDO Y ESPINOSA.

BASES DE LA PUBLICACION.

María Magdalena se publicará por entregas de 8 grandes páginas, de papel superior.

A cada cuatro entregas acompañará una lámina magnífica.

Cada entrega costará medio real en toda España.

Los suscritores de provincias han de pagar adelantado el importe de doce entregas, remitiendo doce sellos de correos de los de 50 milésimas de escudo, ó letra del Giro mútuo.

UNICO PUNTO DE SUSCRICION.

Administración de *El Cascabel*, Hileras, 4, Madrid.

En provincias todos los corresponsales de esta empresa.

La primera entrega próximamente.

EL MUSEO CATÓLICO,

PERIÓDICO RELIGIOSO ILUSTRADO

PUESTO BAJO LA PROTECCION ESPIRITUAL DE S. S. EL SUMO PONTÍFICE

Sale á luz desde el mes próximo en los días 8, 16, 23 y último de cada mes.

Constará cada número de un pliego en folio, que compone ocho páginas á tres columnas, ilustradas con magníficos grabados, representando vistas, monumentos, retratos, episodios históricos, atributos, solemnidades religiosas, y todo, en fin, cuanto tenga relacion con el culto católico.

PRECIOS.

	Trimestre.	Semestre.	Año.
EN MADRID. 4 reales al mes.			
PROVINCIAS. { Directamente á la Administración.	14	26	50
{ Por medio de los comisionados.....	15	29	56
EUROPA..... { Giro directo, francos.....	5	9,50	17,50
{ Por comisionado, id.....	5,30	10,50	20
ANTILLAS... { Directamente, ps. fs.....	"	2	4
{ Por comisionado, id.....	"	2,12	5
AMÉRICA Y { Por giro, ps. fs.....	"	"	6
OCCEANIA. { Por corresponsales, id.....	"	"	7

Administración, Hileras, 4, bajo.

MADRID. 1867.—Imp. de D. C. Frontaura, Hileras, 4, bajo.